
Centenario del Beato Escrivá de Balaguer

Catedral, 9 de enero 2002

Los hombres necesitamos tiempo y distancia histórica para percibir la verdad y la importancia de nuestras propias obras, para valorar los dones de Dios en nuestra propia vida y en la vida de la Iglesia.

Desde este punto de vista histórico, después de los grandes momentos de la obra redentora de Jesús y de la constitución de la Iglesia, los mayores dones que Dios da a la Iglesia y a la humanidad son los santos.

¿Qué sería de una Iglesia despoblada de santos? ¿Quién hubiera confortado nuestra fe sin el testimonio indiscutible de los mártires? ¿Quién hubiera podido hablarnos de las intimidades del amor de Dios sin la sabiduría de los grandes doctores y las experiencias de los místicos? ¿Quién hubiera difundido la fe y convertido a los pecadores, quién hubiera consolado a los afligidos, quién hubiera ayudado a los pobres y consolado a los moribundos, sin la multitud de confesores y misioneros, de tantas almas heroicas, muchas de ellas escondidas y anónimas, que han continuado y multiplicado en el tiempo y en el espacio las buenas obras de Jesús?

Los santos son nuestros maestros, nuestros mejores amigos, los mejores habitantes de la Iglesia y por eso mismo nuestros prójimos más

cercanos y entrañables. Los que crean con su presencia, sus palabras y sus buenas obras, el mundo real que espiritualmente habitamos. Por eso es obligado celebrar su recuerdo, agradecer a Dios su existencia, reconocer su magisterio e imitar sus ejemplos.

Hoy damos gracias a Dios por el nacimiento, la vida y la obra del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, escogido por Dios para recuperar y difundir en la Iglesia una doctrina fundamental, la llamada universal a la santidad y la especial misión de los fieles cristianos para la purificación y santificación del mundo como contribución específica a la realización del Reino de Dios.

El Beato Josemaría desarrolló especiales relaciones con Pamplona y con Navarra. Aquí pasó unos días de descanso y de oración acogido a la hospitalidad del entonces Obispo Don Marcelino Olaechea, apenas recuperada la seguridad en los turbulentos días del año 1936. Y aquí, después de otras estancias prolongadas, estableció primero el Estudio General de Navarra, en 1952, y luego, en 1960, la Universidad de Navarra, en un acto académico celebrado muy cerca de aquí, en el antiguo refectorio de los Canónigos, adjunto a esta Catedral en la que ahora evocamos su memoria.

Recientemente el Santo Padre os ha invitado a los miembros del Opus Dei, sacerdotes y fieles, hombres y mujeres, casados y célibes, a proponeros metas audaces en vuestro apostolado. Apostolado que para ser auténtico tiene que nacer de un gran amor a Dios y al prójimo, y que por vuestra vocación intensamente secular, debe realizarse en la vida familiar primero y en la vida social después, mediante el ejercicio del trabajo profesional inspirado por la caridad sobrenatural y por eso mismo dotado de la mayor perfección profesional posible.

Vuestra condición cristiana y eclesial os invita a vivir vuestra vocación espiritual y apostólica en una confluencia real y efectiva con la misión y las iniciativas apostólicas de las Iglesias particulares en las que vivís y a las que seguís perteneciendo. En esta Iglesia de Navarra la evangelización de la familia, de la juventud y de la convivencia social nos pide a todos los cristianos un singular esfuerzo de fidelidad y unidad, un verdadero fervor apostólico, lleno de audacia emprendedora y creativa.

En un día tan solemne como éste pedimos a Dios, por intercesión del Beato Josemaría, la comunión y la unión espiritual de todos los

católicos de Navarra en la fidelidad al Evangelio y al magisterio de la Iglesia, la renovación religiosa y espiritual de las familias jóvenes, el entusiasmo cristiano de las nuevas generaciones, la superación de los conflictos sociales y políticos y el establecimiento de una convivencia pacífica y tranquila.

En todos estos campos la Iglesia de Navarra cuenta con vosotros, con los sacerdotes, con las familias y los profesionales de todos los sectores de la vida social. Hoy quiero agradeceros todo el bien que habéis hecho en esta Iglesia de Navarra en el nombre del Señor, quiero pedir os un esfuerzo especial de unidad y de integración con todos los hermanos en la fe y con las instituciones diocesanas, y quiero también animaros a seguir trabajando en unión fraternal con las demás instituciones, grupos y personas de nuestra Iglesia, en la difusión humilde y animosa del Evangelio para gloria de Dios y bien de nuestra sociedad.

Con estos deseos y con esta esperanza, en esta fecha tan significativa para vosotros, me uno a vuestra alegría y gratitud, y encomiendo a la intercesión de la Virgen María vuestros proyectos de vida y de trabajo apostólico.

día y tenemos que recorrer juntos los caminos del servicio y de la fraternidad universal.

Si nunca el nombre de Dios puede justificar las guerras entre los pueblos, menos todavía el nombre de Jesús o la fe en la santa tradición de los Apóstoles puede justificar la distancia o la incomprensión entre nosotros los cristianos, discípulos sinceros de Jesús, hijos queridos en El y por El del mismo Padre celestial.

En los umbrales del siglo XXI oímos la voz de Dios que resuena con fuerza en todos los rincones del mundo pidiéndonos la humildad y el valor de dar pasos reales hacia la reconciliación y la unidad de los cristianos. En este humilde rincón del mundo, con el deseo de colaborar con esta llamada de Dios, nosotros pedimos sinceramente el don de la unidad, y avanzamos en el camino del encuentro, de la colaboración y de la fraternidad cristiana.

Encuentro interreligioso

Salón Mikael, 23 de enero de 2002

Saludo

Bienvenidos, hermanos judíos, musulmanes, budistas y cristianos. Bienvenidos a este encuentro de oración y de fraternidad. Que Dios sea bendito y alabado por los siglos de los siglos.

En nuestra ciudad tiene una importancia singular este encuentro entre musulmanes, budistas, judíos y cristianos. Es la primera vez que esto ocurre. Estamos más acostumbrados a subrayar las diferencias que las coincidencias que hay entre nosotros.

Ciertamente expresamos el conocimiento de Dios de distintas maneras, con ideas y palabras diferentes. Sobre todo manifestamos nuestra adoración a Dios con expresiones y palabras distintas. Pero más allá de nuestras expresiones y formas de obrar todos queremos adorar y obedecer al único Dios verdadero, al Dios único y verdadero, el Dios de Abrahán y de Moisés, el Dios de Jesucristo, el Dios predicado por el Profeta Mahoma, el Dios vivo, clemente y misericordioso, el Dios de la creación, de la vida y de la inmortalidad.

Todos queremos honrar su nombre, vivir en su presencia y alcanzar un día los dones de sus promesas.

Por desgracia esta coincidencia en la religión y en la adoración del único Dios, ha quedado a veces oculta por las diferencias de cultura o por los intereses económicos de los dirigentes políticos.

Nuestra reunión es un humilde encuentro de unos pocos creyentes. Pero en acontecimientos humildes pueden ocurrir grandes cosas e iniciarse grandes transformaciones. Vivamos intensamente la significación y la fuerza espiritual de este encuentro que es sin duda un don de Dios en el cual está presente y operante la fuerza de su Espíritu.

Nuestro encuentro será grande y fecundo si en él vivimos la verdad de estas tres palabras: PERDÓN, FRATERNIDAD, TESTIMONIO.

PERDÓN. Pedimos perdón a Dios por nuestros pecados, por la deformación de la verdadera religión que ha sido causa de guerras y persecuciones entre nosotros. Le pedimos perdón a Dios y nos perdonamos mutuamente. Todos hemos pecado. Que Dios nos perdone como nosotros también nos perdonamos.

FRATERNIDAD. La adoración del único Dios nos ayuda a descubrirnos como hermanos. Aunque vengamos de países diferentes, aunque hablemos una lengua distinta, aunque entendamos las cosas de forma distinta, todos somos hijos de Dios, todos tenemos sobre nosotros la bendición y el amor de Dios, todos

podemos y debemos acogernos como hermanos, ayudarnos como hermanos, vivir en paz y felicidad como hermanos que se quieren bien, se respetan y se ayudan en todo momento.

TESTIMONIO. Por desgracia hay junto a nosotros muchos hermanos nuestros que han perdido la memoria de Dios, no lo reconocen ni lo adoran como el Padre Eterno, Creador del universo, Amigo de la vida y Salvador de todos los hombres.

Nosotros queremos hablarles de Dios, queremos manifestarles con nuestra reconciliación y nuestra fraternidad que Dios es bueno y amigo de los hombres, que Dios nos enseña y ayuda a vivir en la justicia y en la paz, que la adoración del único Dios vivo y eterno nos hace más humanos, más verdaderos y felices.

Con estos pasos humildes emprendemos hoy un camino grandioso. El camino de la reconciliación de todos los pueblos de la tierra. Que cesen las guerras entre cristianos y musulmanes, que cesen los odios y las guerras entre judíos y musulmanes, que cesen todas las incomprensiones y todas las desconfianzas y todos los conflictos entre judíos, musulmanes y cristianos, entre europeos y asiáticos, que en todas partes resuene la voz de los mejores líderes espirituales, amaos los unos a los otros, anunciad las riquezas y la bondad de Dios, disfrutad de sus dones, haced juntos el camino que conduce a la inmortalidad.

Para gloria de Dios, para la paz y la felicidad de todos los hombres y mujeres de la tierra.